



CUERDAS DESDE EL CIELO

María Aguilar

CUERDAS DESDE EL CIELO



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Aguilar

ISBN: 978-84-18366-52-9

ISBN digital: 978-84-18366-53-6

Depósito legal: M-21377-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Fernando

Capítulo uno

La Libertad (San Salvador)

El diecisiete de abril de 1972 a las nueve de la mañana, tras nueve meses exactos tal y como pronosticó su abuela Sabina, llegó al mundo una niña de piernas y brazos largos, y una abundante mata de pelo ensortijado y del mismo color que las zanahorias.

Su madre Teresa de Jesús, muchos meses antes cuando las runas, le confirmaron que daría a luz una hija, lo primero que decidió sobre el camino de su niña en la vida, fue su nombre.

Se llamaría: María del Miedo, María porque es la madre de Dios tal y como le enseñaron las monjas y del Miedo porque fue lo que vivió aquellos dos días y cambió su vida para siempre

Teresa de Jesús en sus dieciocho años de vida nunca salió de su pueblo, La Libertad, un departamento del Salvador. Hasta ese día de julio, Teresa era feliz con su día a día y con ese pequeño trozo de mundo que conocía, le encantaba levantarse temprano para ayudar a su madre a adecentar su pequeña casa antes de dirigirse hacia su trabajo.

Hasta el día del nacimiento de su primera y única hija, no tendría más, hasta ese momento no reparó en lo perfecta, cómoda y simple que era en su vida... Cuando la tuvo en sus brazos, y reconoció su cuerpecito entero para ver si tenía algún defecto, comenzó a pensar en todo lo que le podría ofrecer a esa pequeña que ya se había instalado en su vida, en su corazón y su alma, y supo de inmediato que seguiría así hasta el final de su existencia.

Repasando que le ofrecería llegó a la conclusión de que ella era muy afortunada, era panadera, un buen oficio, conocía a muchas muchachas de su edad que tenían que trabajar en la dura faena del campo. La Libertad, entre otros cultivos era famosa por el tabaco. Su madre, hasta que ella tuvo edad para ayudarla, la sacó adelante trabajando de sol a sol en las plantaciones de café.

Ella fue venturosa en este sentido. Por otro lado, estaba su casita, tan blanca y tan limpia, pequeña, con lo justo para vivir, y lo mejor... con sus ventanas mirando al mar, aspirando desde buena mañana el perfume de la sal, con la brisa acariciando su cara, su pelo, su cuerpo...

Sí..., era feliz, y estaba decidida a que esa pequeña, que no dejaba de observarla con aquellos grandes ojos grises, llegaría a ser tan feliz o más de lo que era ella, a partir de ahora su vida tenía un solo objetivo, vivir exclusivamente para ella y no separarse jamás de su lado.

Muchos hombres y mujeres de La Libertad vivían del mar, en el puerto además de suministrar a pequeñas embarcaciones de pescado para vender en el mercado del pueblo, cada semana atracaban grandes barcos de importación y exportación de mercancías.

Venían de otros lugares del mundo, a veces tras largas semanas de travesía, La Libertad se convirtió en un buen sitio para descansar un par de días, reponer víveres y agua para continuar el viaje.

Muchas muchachas del pueblo en estos días se acercaban al puerto, estos hombres agradecían su compañía a cambio de regalos que difícilmente ellas podrían adquirir.

Teresa de Jesús nunca antes había acudido allí, el padre Antonio y las hermanas de la caridad criticaban duramente estos encuentros entre marineros y muchachas, aunque los sermones de los domingos en misa de nueve servían para que salieran del templo con el miedo en el cuerpo y con la certeza de que arderían en el infierno por los siglos de los siglos. Bastaba para que unos días después se escuchara la sirena de los barcos anunciando que en unas horas el puerto se convertiría en un truján de marineros con ganas de fiesta y parranda, para que ellas, se acicalaran, se colocaran el mejor y

más bonito de sus vestidos y corrieran en busca de estos hombres llegados de otros lugares del mundo, en muchas ocasiones hablando una jerga incomprensible para ellas, pero que no era ningún inconveniente para saber que buscaba cada cual.

Durante un par de días las calles y cantinas más alejadas de la playa se llenaban de personas riendo y hablando a gritos que muchas veces terminaban en trifulcas a causa de las borracheras.

Esa calurosa mañana de julio, Teresa se acercó al puerto. Según su madre, había llegado el momento de que fuera a recoger lo que el mar le traía.

Su hija ya había cumplido dieciocho años, era bonita, con su piel tersa y suave, con ese precioso color de la miel tostada. Sus grandes y rasgados ojos negros a juego con su sedosa y larga melena. Sí, su hija era bella, por fuera, pero mucho más por dentro, sabía de sobra que ella por sí misma jamás se hubiera aventurado a ir al puerto. Le gustaba estar en la iglesia, rezando o hablando con el padre y visitar asiduamente a las monjitas que le enseñaron hasta la edad de doce años a leer y escribir, a coser y bordar y por supuesto, a rezar...

Pero antes de nacer, Sabina ya conocía su futuro en este mundo, sus piedras se lo contaron, por eso, debía seguir al pie de la letra cada paso de su hija, con la obligación de ponerla en el camino correcto para seguir su destino, no podía dejar que se desviara. Por experiencia sabía que es lo peor que le puede pasar a una persona, salir de la senda en la que debemos caminar desde el comienzo hasta el final de nuestros días, no es bueno..., no, no lo es... significa desafiar al universo, plantarle cara y abiertamente decirle: «voy a hacer lo que me apetezca». Nunca sale bien, es aceptar que el resto de tus días andarás en soledad tu camino, nadie te ayudará.

Sabina también conocía que por negro y feo que nos parezca el destino que nos tocó en suerte, era justamente el que nuestra alma puede resistir, nacimos preparados para vivirlo.

Y siempre, siempre, por muy abandonados que en ocasiones nos sintamos, siempre, estarán ahí ellos, las almas invi-

sibles, los que nos sujetan cuando estamos a punto de caer derrumbados.

Caminar en contra, solo, es mucho peor.

Por eso no podía dejar que su hija errara su camino, como madre intuía que su muchacha se encontraba feliz entre las hermanas del convento y que cualquier día llegaría a casa anunciándole que decidió ser monja, hasta ahora no había ocurrido y a partir de hoy, la vida de su hija cambiaría para empezar su misión en la tierra, esa, que cada cual trae al nacer.

Para asegurarse de que no se equivocaba, de que hoy era el día elegido, acudió a consultar a sus piedras. Las sacó cuidadosamente de su bolsa de terciopelo negro, las acarició entre sus manos y seguidamente las devolvió al saquito, las zarandó un minuto y las dejó caer sobre la mesa. La lectura fue muy clara: «una saldrá por la puerta y entrarán dos».

Encendió sus velas en su pequeño altar, donde estaban colocados todos los santos, ángeles y arcángeles, junto a la madrecita, la virgen de la Inmaculada y todos sus dioses amerindios.

Sobre su frente hizo la señal de la cruz tres veces seguidas, rezó y esperó a que su hija se levantara para anunciarle que hoy era el día del cambio.

Capítulo 2

En busca del amor

Llegó con su vestido de flores rojas y amarillas sobre el fondo blanco. Se detuvo a unos pasos del edificio de oficinas donde se registraban las entradas y salidas de mercancías, pensó que era un buen sitio para esperar, desde allí se divisaba con claridad la llegada de los barcos y por lo que había escuchado todos los marineros obligatoriamente debían pasar por estas oficinas para entregar su documentación. De esta manera quedaban registrados el nombre completo, la edad y la nacionalidad, resultaba de gran utilidad, ya que cuando se formaban las conocidas peleas, cosa normal, entre estos rudos hombres que una vez desembarcaban, solían dar rienda suelta a sus instintos o beber más de la cuenta, los gendarmes solamente tenían que acercarse al puerto, consultar los ficheros y en el acto aparecía el culpable o culpables de la contienda, se les amonestaba y pagaban la correspondiente multa en proporción a los daños que hubieran causado.

Teresa de Jesús miró hacia su derecha e izquierda observando a los grupos de chicas que hablaban y reían despreocupadamente. Fijándose en ellas tuvo claro que ninguno de aquellos hombres repararía en ella. Ese no era su lugar, se sentía insegura y desplazada, quizás, su madre se confundió en la lectura de las runas, ella no pintaba nada en ese lugar, estuvo tentada en dos ocasiones en dar la vuelta y volver a su casa, pero su madre le insistió tanto en que allí encontraría el gran amor de su vida que decidió esperar para ver en qué terminaba todo esto.

Las muchachas de su alrededor también se fijaron en ella, la miraban con asombro, casi todas la conocían de la iglesia, la consideraban medio monja, ¿qué hacía allí? Todas la saludaron por cortesía para seguidamente ignorarla y seguir con sus comentarios sobre de dónde vendrían esta vez los hombres de estos barcos a los que solo les quedaban unos minutos para atracar.

La muchacha se distrajo mirando al mar, le encantaba pasar las horas muertas cerca del agua salada de la playa, tan azul en la lejanía y tan transparente bajo sus pies, le reconfortaba el olor, ese olor que desprendía e inundaba todos sus sentidos y conseguía que su imaginación volara hacia lugares remotos que no conocía.

Pero en el puerto el mar era distinto, las olas que tan suavemente llegaban a la orilla y acariciaban sus piernas, aquí llegaban enfurecidas y rompían contra el malecón una y otra vez, decididas a derribar aquel muro de piedras que cortaba su libertad. Sin embargo, si miraba al horizonte el mar se serenaba y ella podía soñar despierta.

Tan absorta estaba en sus ensoñaciones que no advirtió la llegada del primer barco, no escuchó como comenzaba ruidosamente a descender la tripulación en busca de las muchachas que ya le lanzaban risitas y guiños. Despertó de sus pensamientos al notar que una sombra alargada y fina se interponía entre ella y el sol, despacito alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con un hombre alto, muy alto, y delgado, excesivamente delgado, que le sonreía abiertamente, no supo qué hacer, simplemente continuó parada contemplando aquella cara estrecha, de nariz aguileña y ojos de color indefinido que jamás en su vida vio en nadie, lo que más le llamo la atención de aquel sujeto, fue el color de su pelo y su barba, eran del mismo color del sol al atardecer, cuando comienza a esconderse detrás, en la lejanía del mar, la señal para que los pescadores recogieran sus barcas.

El hombre se acercó un poco más a ella y la saludó con un:

—Hola, soy Jon.

Él extendió su mano y ella le imitó, cuando él la sostuvo Teresa sintió vértigo, su pequeña mano se perdía dentro de la de él, tuvo

la impresión de que este hombre si quisiera la podría llevar sentada en la palma de sus manos. Alzó la vista hacia arriba y se sintió muy diminuta, el mar le había traído a su amor, muy alto y muy fuerte para ella, pero era el destino, el suyo; ella no había escogido, él fue el único marinero que se plantó delante de ella. Así que, cerró los ojos un instante, suspiró y decidió mentalmente seguir adelante con este hombre donde quisiera que la llevara.

—¿Cómo te llamas?

—Teresa de Jesús, señor.

—Jajaja... a ver, vamos a entendernos... Mi nombre como ya te he dicho antes, es Jon... No me llamo señor, ¿lo entiendes preciosa? Tu nombre es muy bonito, pero largo, yo solamente estaré aquí un par de días, así que no podemos desaprovechar el tiempo diciendo tu nombre completo. Durante estas cuarenta y ocho horas te voy a llamar preciosa, ¿te parece bien?

—Sí... Como usted quiera.

—¿Ya lo has olvidado? Esa no es la respuesta. Prueba otra vez...

—Quería decir... Sí, está bien... Jon.

—Exacto, muy bien, bueno muñeca y ahora vamos a pasarlo en grande.

—Ya he estado aquí varias veces, conozco unos cuantos sitios donde celebrar estos dos días en tierra firme.

Le pasó la mano por detrás de su espalda llegando a su estrecha cintura, la atrajo hacia él mientras caminaba a grandes zancadas lo que ocasionaba que la muchacha tuviera la impresión de que sus pies no tocaban el suelo y en su lugar fuera volando a su lado.

Llegaron a la parte alta del pueblo. Teresa nunca antes anduvo por allí, era la parte más alejada de las playas y no sabía bien porque esta zona no gozaba de buena reputación. Ella raramente solía salir de su zona, su parcela de pueblo en la que desarrollaba su vida, día a día.

Allí estaba todo lo que necesitaba para ser feliz, su madre, la iglesia, el convento y la panadería de la señora Isabel de los Ángeles, donde desde recién cumplidos los 12 años trabajaba haciendo

el pan y los bollos para todos los vecinos. Se sintió cómoda en este oficio desde el primer día, le encantaba sentir en sus pequeñas y delicadas manos la textura de esa masa blanda. Descubrió con asombro que podía manejar y modelarla a su capricho, razón por la cual las formas de sus elaboraciones eran todas distintas, no hacía dos piezas iguales, aunque el sabor era especial y único. Pronto empezó a correrse la voz de que en la playa de las flores existía una pequeña panadería donde el pan y los dulces eran diferentes, esto ocasionó que el negocio prosperara rápidamente, las personas se acercaban desde todos los puntos de La Libertad para comprar su pieza de pan del cual ya conocían su estupendo sabor, pero cada día esperaban la sorpresa de la forma que les tocara.

Además, Teresa contaba con un segundo hogar... La iglesia, no conoció a su verdadero padre, desde pequeña y secretamente adoptó por su cuenta como progenitor al párroco, el padre Antonio. Se sentía segura en ese lugar grande, rodeada de figuras puestas en sus altares, que la miraban y le sonreían al pasar por delante de ellas. Pronto aprendió sus nombres... San Miguel, san Gabriel, san Judas... Este último era su preferido, las monjas le contaron la vida de este santo y cuando supo que era el patrón de los imposibles decidió que un santo que puede conseguir que las cosas más difíciles se arreglen merecía ser el jefe de todos... Y así fue, era al que más rezaba, más veces limpiaba y más flores silvestres le ponía.

Un pensamiento se le vino a la mente mientras medio andaba, medio levitaba al lado de aquel hombre camino de no sabía bien donde... La pregunta le martilleó bastante una y otra vez en su mente: «¿qué pensaría el padre Antonio si supiera dónde se hallaba ella en estos momentos? Y lo peor, ¿cuándo lo supiera? ¿La excomulgaría?». Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos contra sus pensamientos para llegar a la conclusión de que no estaba haciendo nada malo, solo seguía lo que su madre le había ordenado, y a una madre no se le desobedece nunca.

Además, ya no era ninguna niña, se había convertido en una mujer... y toda mujer hecha y derecha necesita a su compañero,

alguien fuerte que la protegiera, la cuidara y le diera la semilla necesaria para procrear y formar una familia. Se tranquilizó. No pasaría nada, el padre lo entendería y le daría su bendición.

Todavía no daba crédito a que le resultara tan fácil encontrar a su amor, en realidad no tuvo que hacer nada... Solamente esperó un rato quieta a que llegara Jon... Jon, jamás escuchó un nombre ni parecido... ¿Qué significaría, existiría san Jon?

En ese instante cayó en la cuenta... ¿Jon era cristiano? No lo sabía, pudiera ser que fuera protestante, o peor aún... ateo, se le heló el corazón.

Se detuvo de repente en seco, y alzó su cara buscando la de él.

—¿Qué pasa preciosa?

—Jon... ¿Eres católico?

—Jajaja... Mujer me has asustado. Soy lo que quieres que sea en estos días. ¿Quieres que sea católico? No hay problema.

—Pero no solo en estos dos días. Necesito que lo seas toda la vida.

—Jajaja, que sí mujer, de acuerdo, pero vamos a comer y después rezamos un rosario. ¿Te parece?

Teresa de Jesús se conformó con saber que era cristiano, así que decidió no preguntar nada más. Muchos años después cuando el recuerdo llegaba a su cabeza, tenía la certeza de aquella mañana ella lo hubiera seguido al fin del mundo.

Se pararon en la primera cantina que encontraron al paso, al entrar, a la muchacha le dio la sensación de que era un antro de mala muerte, poco y mal iluminado, bastante sucio y lleno de humo. El bar estaba completo de marineros comiendo y sobre todo bebiendo, muchas chicas de su misma edad acompañaban a los hombres riendo y hablando en voz alta, a algunas de ellas las conocía de vista, a casi todas de verlas en misa los domingos o confesando con el padre.

Jon saludaba a todos los que se iba encontrando, estaba claro, los marineros vinieran de donde viene vinieran, se conocían todos.

Entre saludos y empujones consiguieron llegar a la barra del bar.

El camarero lo atendió a gritos ya que no había otra forma de hacerse oír.

Resultó ser el dueño y aunque esto lo descubrió unas horas más tarde, hubiera sido fácil de adivinar, ya que el hombre estaba tan sucio y abandonado como su cantina, pensó que era una forma de no desentonar. No era un hombre alto, pero sí robusto, y le dio la impresión de que su cabeza era descomunal, la cara redonda y colorada se unía con el pecho, no estaba segura de que este hombre tuviera cuello, más bien cabeza y tronco era todo un bloque. Vestía una camisa que en alguna fecha muy anterior debió ser blanca, pero ahora lucía de un gris amarillento adornada en toda la parte de la distendida tripa con manchas de distintos colores.

Lo que más repugnancia le causó fue ver el trapo con el que no cesaba de limpiar el trozo de mostrador desde donde los atendía, y mientras hablaba se le caía una y otra vez la ceniza del cigarro que, como si hubiera sido pegado con algún tipo de cola, sostenía con una parte de su labio inferior.

Jon pidió marisco, la fama de estos moluscos de La Libertad se conocía en todos los alrededores hasta llegar a San Salvador.

El marinero, gracias a su altura no tuvo problemas en divisar una mesa libre en el último rincón del bar, agarró a Teresa de un brazo y se fue abriendo paso hasta llegar allí, solo les distanciaban unos metros, pero ahora Teresa se le antojo una eternidad llegar, había tanta gente que en más de una ocasión se quedó emparedada entre la multitud y la espalda de su acompañante, notando que el poco aire respirable que allí había no conseguía llegar a sus pulmones.

La mesa sí estaba, pero ni un mal asiento, de nuevo fue él quien resolvió el problema, abandonó a Teresa un momento y se encaminó hacia otro rincón, al minuto apareció arrastrando un barril, lo colocó delante, se sentó y con una sola mano alzó a la muchacha del suelo y la sentó en sus piernas.

Ahora Teresa aún se encontró más ridícula, se imaginaba que debía tener toda la apariencia de ser la muñeca de un ventrilocuo, de esos que alguna vez en las fiestas de la virgen de Guadalupe llegaban a La Libertad y tanto le hacían reír.

Esta vez, ella era el muñeco, manejada por aquel extraño y desde luego no sentía ninguna gana de reír. Se adueñó de ella un pensamiento «estaba cometiendo el error más grande de su existencia».

En una milésima de segundo por su cabeza pasó un pensamiento fugaz, saltar de las piernas de aquel gigante y con los ojos cerrados abrirse paso hasta alcanzar la salida, una vez fuera correr sin parar hasta llegar a su casita blanca, tan limpia y ordenada, con el olor del mar colándose por la puerta y las ventanas.

Pero tenía un problema, no estaba segura de que sus piernas le respondiesen, nunca en su vida conoció esta sensación, tardó un rato en calificarla, era algo totalmente nuevo, al final le puso nombre a aquel sentimiento, ahora sabía que era, miedo, algo muy nuevo en su vida y le llegó como un torrente consiguiendo que todos los músculos de su cuerpo se tensaran, si alguien le hubiera preguntado no hubiera sido capaz de explicar de qué manera en unos minutos pudo sentir aquella rigidez que la paralizaba de la cabeza hasta el último dedo de sus pies.

Y sin dejar de darle vueltas a la forma de huir de allí, comprendió, que lo de cerrar los ojos era una soberana tontería, no sabría en qué dirección caminaría. Consiguió detener su cabeza un momento para prestarle atención a su vista y esta le pasó la información, a los hombres de allí se les empezaba a notar el efecto del alcohol, suponiendo que Jon la dejara escapar, estaba segura de que cualquiera de aquellos marineros o más de uno la agarrarían en cualquier momento sin ningún tipo de contemplaciones.

Se hundió, se sentía mareada, el olor a tabaco, sudor y suciedad le empezaban a pasar factura a su estómago que empezó a revolverse y producirle náuseas.

No quería seguir allí, pero no podía marcharse sola, no saldría bien parada, era la única certeza que tenía en estos momentos.

Jon no le hacía ningún caso, la sujetaba por la cintura con una de sus grandes manos, mientras que la otra la utilizaba para hacer gestos a sus compañeros, a voces, hablaba con ellos desde su improvisado asiento y reía a carcajadas.

Teresa se dio cuenta de que, si por arte de magia en ese momento la hubieran quitado a ella y en su lugar hubieran colocado un fardo de patatas, él, no hubiera notado la diferencia.

En estos pensamientos andaba cuando apareció una bandeja repleta de platos de comida y dos enormes jarras de cerveza, con asombro descubrió que la bandeja no venía sola como daba la impresión, cuando con bastante esfuerzo aquella persona consiguió dejar la bandeja en lo alto de la mesa, vio que se trataba de una muchacha de unos doce o trece años, una niña tan escuálida y pequeña que era normal que se perdiera detrás de aquella enorme bandeja oxidada. Teresa se fijó en su cara, prácticamente compuesta por unos enormes ojos negros con larguísimas pestañas. Era graciosa, o esa fue la primera impresión que tuvo Teresa.

Resultó ser la única hija del dueño de aquel tugurio. Por un instante la muchacha y Teresa cruzaron las miradas y la joven camarera antes de desaparecer sigilosamente como una sombra se dirigió a Teresa y en un susurro que solo ella pudo escuchar le dijo: —Come en abundancia, lo necesitarás.

Los ojos de Teresa tras la advertencia se desviaron hacia la comida allí depositada, había mucha cantidad y mucha variedad de mariscos, y también trajeron cecina, le encantaba, su madre era experta en prepararla. Primero dejaba que la carne se secara al sol, una vez seca, la freía con Yuca, ají, y cebolla. Aquel olor la devolvió de nuevo a su hogar, a su vida, tan perfecta y cómoda hasta solo hacía unas horas; sintió en su garganta la opresión del nudo que se forma cuando quieres llorar y no es el momento o el sitio adecuado. Ahora no le cabía ni un ápice de duda... Se equivocó bajando al puerto, solo podía pensar que si salía viva de esta pesadilla; jamás, nunca más en su vida iría al puerto, bajo ningún concepto. No podía ni siquiera imaginar en esos momentos, lo que la vida le

aguardaba, las veces en muchos años en que vería llegar barcos a ese mismo puerto.

Jon en un momento reparó en ella y la animó a probar la comida, Teresa aceptó, pensó que sería lo más sensato, no tenía ni idea de cómo y cuándo terminaría esta situación y regresaría a su rutinaria y feliz vida, además, si tomaba algo de aquel festín de comida, puede que el estómago se calmara y desapareciera esa sensación tan incómoda que cada minuto se acentuaba más.

Veinte minutos después la situación para la muchacha mejoró, el marisco y la cecina consiguieron su propósito, las náuseas desaparecieron, pero la cerveza que no estaba acostumbrada a tomar, hizo su efecto y comenzó a sentirse aturdida, le molestaba enormemente el bullicio que allí reinaba, y sin embargo, agradeció que el líquido amarillo tan fresco, al mismo tiempo de templar su estómago hacía lo mismo con sus nervios, en unos minutos aquel cuerpo que sentía rígido poco a poco se le fue aflojando y ya no sentía el miedo paralizándola.

Jon necesitó más alcohol y de un salto colocó a la muchacha en el barril y no tardó ni un minuto en perderse entre la muchedumbre camino de la barra.

A pesar de la altura del hombre que sobresalía por encima de los demás, la oscuridad de la taberna y la visión de Teresa que empezaba a nublarse ocasionaron que le perdiera la pista.

Comenzó a inquietarse, estaba sola, probablemente él volvería en unos minutos con dos jarras de cerveza, ¿pero y si no ocurría así? Pudiera ser que se entretuviera con cualquiera y se olvidara por completo de ella, se sintió abandonada y sola, terriblemente sola en medio de tanta gente. ¿Qué debía hacer?, de repente el efecto tranquilizador que le proporcionó la cerveza se esfumó y el miedo volvió con más fuerza atenazándole de nuevo todos sus músculos y dejándola parada sin capacidad para realizar ningún movimiento.

Ahora sí, se desesperó...

Tenía que salir de allí, y debía hacerlo ya... Nunca en su vida supo explicarse dónde encontró aquella diminuta porción de valor

que le hizo saltar de aquel enorme barril y cerrar los ojos dispuesta a salir corriendo a empujones hasta alcanzar la puerta de salida.

Era su primer plan de fuga que ideó desde el principio... y por ahora no tenía ningún otro.

Antes de emprender su huida, miró la jarra de cerveza, aún quedaba, no sería mala idea tomar un buen trago, hasta ahora, esa bebida le ayudó más que le perjudicó.

Tomó todo el resto del líquido e hizo lo mismo con el aire, hasta notar que sus pulmones eran incapaces de retener más, estaba preparada... dio el primer paso... y cuando ya daba el segundo, una mano la agarró, la apretaba en su hombro.

No pudo avanzar, ni tampoco era capaz de darse la vuelta para ver quien la sujetaba.

En segundos la presión de la mano cesó y apareció delante de ella la escuálida muchachita que un rato antes les sirviera la comida.

—Vamos, sígueme.

—¿A dónde?

—A un lugar más seguro y tranquilo.

La pequeña camarera le cogió una mano y tiró de Teresa que se dejó conducir como un autómata, no conocía de nada a esta chiquilla, pero aquellos ojos le inspiraban confianza y por otro lado, la idea planeada de su escapatoria de allí no le parecía que fuera a dar buen resultado.

En un santiamén llegaron a una puerta oscura que pasaba totalmente inadvertida, la muchacha empujó hacia dentro, entró rápidamente sin soltar la mano de Teresa. Cerró de golpe y extrajo una llave de un bolsillo del mandil que rodeaba dos veces su cuerpecillo desde la cintura y llegándole casi hasta los pies. Dio tres vueltas de llave a la cerradura y se volvió a mirar a su acompañante que seguía blanca, con los ojos abiertos de par en par, esperando con ansiedad conocer en que terminaba todo aquello.

La muchachita volvió al tirar de ella y la llevó por un angosto pasillo en el cual existían tres puertas contiguas. Se detuvieron en la primera.

—Venga, pasa.

Teresa obedeció y se sorprendió al descubrir ante sí una habitación soleada, amplia y limpiísima.

Llamó su atención una puerta de doble hoja con cristales justo enfrente de ella, las cortinas blancas movidas por la brisa dejaban entrar la luz del atardecer.

—Ven, pasemos al patio, está mi abuela, que prepara la mejor limonada del mundo.

—Escucha, yo te agradezco de corazón que me hayas sacado de ahí, pero verás, tengo que estar con Jon porque...

—Ya, ya lo sé... Pero hazme caso, tendrás tiempo de estar con él... Sé de lo que hablo.

—Es que tú no conoces la historia. Mi madre me ha dicho...

—Es cierto, no la conozco... Hagamos lo siguiente, entremos al patio, nos sentamos en las hamacas y nos las cuenta tranquilamente... ¿Te parece?

—No sé si hago lo correcto...

—Ya sé que no me conoces de nada, pero llevo viendo esto casi desde que nací. Créeme, en estos momentos para Jon, no existes... Perdona, he sido muy maleducada, mi nombre es María Felicidad, pero puedes llamarme Feli, todo el mundo lo hace.

—Yo soy Teresa de Jesús, tienes un nombre muy bonito para abreviarlo, si no te importa yo lo diré entero.

—Como tú prefieras Teresa.

Pasaron al patio, aún le gustó más a Teresa que la habitación. Estaba repleto de macetones con flores de todos los colores, en el centro presidía una mesa de madera con sillas a su alrededor, pegada a la pared de enfrente una fuente de piedra con dos palomas de cuyos picos brotaban continuamente chorros de agua dando la sensación de frescor y relajación.

En un extremo del patio estaban situadas tres hamacas de mimbre, separadas una de otra por unas mesitas redondas pequeñas.

En la primera de ellas estaba sentada cómodamente la abuela de Feli, su nueva y gran amiga, aunque Teresa esto ni siquiera lo

intuía, pero la amistad que comenzó en ese día caluroso de julio, duraría ya para siempre.

—Hola abuela, mira... te presento a Teresa de Jesús —Anunció alegremente Felicidad.

—Buenas tardes señora. Encantada —saludó Teresa.

—Hola Teresa, yo soy Guadalupe. Hija mía, Feli... no sabía que tuvieras una amiga tan bonita.

—Bueno... no somos amigas... la rescaté del bar abuela.

—¿Qué me dices? ¿Qué hacia una muchacha de tu clase revuelta con esos borrachos sarnosos? ¿Te has perdido? ¿Eres de Libertad?

—Es una historia larga doña Guadalupe y sí, soy de aquí, de La Libertad.

—¿De qué parte hija?

—De la parte de la playa de las flores, señora.

—Vaya. Es muy bonita esa zona, antes solía pasear mucho por allí... Ya hace algunos años de aquello... Y dime, ¿con quién vives?

—Con mi madre, solas ella y yo.

—Y ¿qué buscas aquí?

—Verá, doña Guadalupe. Mi madre conoce el futuro a través de las piedras...

—¿Las runas? Virgen Santa de la Inmaculada. En mi juventud yo también las utilizaba... Poco a poco fui perdiendo la costumbre, después de que mi hija se marchara intenté un par de veces consultarlas, pero no había manera, no me concentraba y terminé por olvidarlas. Si no recuerdo mal... Creo que las guardé, sí, me daba pena deshacerme de ellas... deben estar guardadas en el fondo de algún cajón. Una cosa os digo... Las runas nunca mienten, jamás. Lo que te cuentan es la pura verdad de lo que está por venir... Sea malo, bueno o regular. Hay que aceptar lo que te cuenten... supongo que fueron ellas las que te enviaron aquí. ¿No es así?

—Así es señora...

—Pues entonces... No se puede hacer de otra manera... ellas nos dicen nuestro destino.

—Eso mismo dice mi madre...

—Y así es, no lo dices nunca tesoro... y concretamente, ¿qué te dijeron que encontrarías aquí?

—Bueno, no era exactamente aquí, sino en el puerto... según ellas, el amor más grande de mi vida me lo traería el mar.

—Vaya por Dios... Una muchacha tan linda... Y que tenga que encontrar el amor entre estos salvajes... Qué rara es la vida...

Felicidad apareció cargada con otra bandeja, esta vez más llevadera que con la que la conoció, traía una jarra de limonada, que se antojaba estaría fresquita, la colocó en una de las pequeñas mesitas junto con tres vasos altos, gruesos y tallados, que a Teresa le parecieron los vasos más bonitos que nunca viera.

—Teresa, siéntate aquí a mi lado, ahora nos refrescarnos las tres.

—Gracias Felicidad.

—¿Te he dicho que la hace mi abuela?

—Sí.

—Pues verás, te va a gustar mucho... lleva el azúcar justo. Ni mucho que se convierta en jarabe ni poco que solo se note la acidez del limón.

—Yo les agradezco muchísimo a las dos lo bien que se están portando conmigo... pero creo que debería volver al bar y buscar a Jon... Al fin y al cabo, para eso estoy aquí.

—Teresa a estas horas Jon estará tan borracho que no recuerda ni quién es él, hazme caso, si sales al bar solo podrás verte envuelta en algo desagradable... Es mucho mejor que esperes aquí, con nosotras. No te apures, yo te llevaré con tu marinero en el momento propicio —comentó Felicidad.

—Hazle caso a mi nieta muchacha, conoce bien las costumbres de esos salvajes del demonio. Feli. ¿El Jon del que habláis, es el larguirucho bermejo?

—Si abuela... El americano.

—Mira, vas al tener suerte pequeña, está entre los mejores que aparecen por aquí. No es guapo, ni posee nada que se pueda parecer a la belleza... Más bien al contrario, eso ya lo habrás notado... pero es simpático, agrada hablar con él, no es tacaño, siempre deja

buenas propinas, yo creo, fíjate..., que hasta puede proceder de buena familia, tiene modales y educación, y que yo sepa, hasta hoy nunca se metió en broncas. Pues sí... Después de todo... tu destino no es tan negro chiquilla... Parece que no...

—Y cuándo me podré reunir con él Felicidad?

—En unas horas, yo te acompañaré a su habitación.

—¿A su habitación? ¿Sabes dónde se hospeda?

—Oh sí, perdona se me ha pasado contártelo, cada vez que viene a La Libertad, duerme aquí, por eso lo conocemos bien.

—¿Aquí? ¿Quieres decir con vosotras?

—No exactamente en nuestra casa, pero en la otra parte... Esta es la zona privada, nuestro hogar.

—¿Esta cantina tiene otra parte? No me fijé que fuera tan grande...

—Al lado contrario a este hay otra puerta igual a esta, mi padre construyó cuatro habitaciones y se las alquila por estos días a los marineros que son de fiar, los que no dan problemas, ni se meten en peleas y pagan lo acordado sin regatear. Por eso, te ha dicho mi abuela que has tenido suerte Teresa...

—¿Felicidad, y tú no deberías estar ayudando a tu padre ahora?

—No hija, mi yerno, ahí donde lo ves con facha de ogro, es más blando que un pan recién horneado, jamás permitiría que su hija anduviera revuelta con esos mamarrachos. Feli solamente le ayuda a la hora de servir las comidas, después llegan dos muchachos del barrio para ayudarlo, los marineros una vez han llenado el estómago se dedican a beber sin tregua hasta que ya no se sostienen de pie.

—Pues la verdad, y sin ánimo de ofender, es que cuando he visto al señor de la barra, quiero decir, a tu padre, me dio la impresión de ser un hombre rudo y huraño.

—Jajaja..., no ofendes, es la impresión que intenta dar a los forasteros.

—Pues lo consigue.

—Es un escudo, se protege, no puede dar la imagen de lo que en realidad es... no lo respetarían. ¿Viste su camisa?

—Pues... sí, no pasa inadvertida precisamente...

—Tiene cuatro igual de viejas, sucias y cochambrosas, pero solo las usa cuando atracan los barcos... Pasado mañana, ya es un hombre totalmente diferente, afeitado, limpio y con sus camisas blancas y perfectamente planchadas.

—Se muere por mi nieta, es su única hija y su gran tesoro...

—¿Y tu madre?

Fue Guadalupe la que le contó la historia.

—Mi hija murió en el parto. Esta era mi casa, mi Fátima nos dejó. Mi yerno me preguntó si podían vivir aquí, conmigo, como las desgracias nunca vienen solas, Francisco enfermó del hígado, fue lo que dijeron los médicos, yo creo que fue la pena, nunca hablaba de su mujer, se lo tragó todo, el duelo se le quedó dentro y se le enquistó, la enfermedad fue la forma que encontró de sanar el alma... El caso, es que fueron meses de médicos, tratamientos y reposo. Y entonces durante la convalecencia muchos amigos y vecinos pasaban a saludarlo un rato, yo les servía unas cervezas, ahí surgió la idea... la casa era inmensa para los tres, una vez Francisco se recuperó continuamos teniendo visitas, ya se hizo costumbre... se estudió a fondo y de esta forma se remodeló mi vieja casa, dejando una parte cómoda como vivienda y el resto para negocio. Acertamos, la verdad, vivimos con todo lo necesario, nunca nos ha faltado el pan y vivimos tranquilos.

—Me alegro muchísimo por ustedes... yo no conocí a mi padre, murió cuando yo contaba un año de edad.

—¿De qué murió hija?

—De fiebres... mi madre nunca me explica nada más, según ella no se debe hablar de las desgracias, solo lo necesario, parece ser que si las historias tristes las repites es que las estás llamando y ocasionas que vengan otras.

—Pues tu madre tiene razón. Pensar en ellas, no puedes evitarlo... Pero mejor dejar que no salgan de ahí... Encerradas, que no se expandan... y tu madre, ¿se quedó sola? ¿No buscó nuevo marido?

—No señora, ella dice que fue el amor de su vida, estaba segura de que nunca hallaría un esposo y padre mejor que él, ni siquiera igual.

—¿Y te crio ella sola?

—Sí. Solamente estamos las dos. Trabajaba en los campos de tabaco, hasta que tuve edad para ayudarla y comencé a trabajar, a partir de ahí, dejó el campo y se dedicó a coser en nuestra casa... Tiene muchas clientas... y la verdad, vivimos bien las dos.

—Pues sois dos mujeres muy valientes Teresa.

A Teresa la tarde se le pasó muy rápida, charlaron durante horas como si se tratara de amigas de toda la vida, la muchacha se relajó sin darse cuenta y se hubiera quedado allí mucho más tiempo, no fue hasta que cayó la noche cuando recordó de repente el verdadero motivo por el cual estaba allí. Decidió que esperaría para preguntarle a su nueva amiga si ya era la hora propicia para ir en busca del amor que le trajo el mar, no deseaba ser impertinente ni maleducada, esas dos mujeres la acogieron con las manos abiertas, además... Se encontraba tan relajada allí... Y no sabía con certeza qué le esperaba fuera de ese patio, qué significaba entrar en el paraíso, después de pasar por el infierno, que fue lo que representó para ella la taberna.

Durante toda su vida, al vendedor aquella tarde le llegaban a su memoria el agradable olor de los jazmines y si se esforzaba un poco, cerrando los ojos, volvía a olerlo con la misma intensidad.

Media hora más tarde todo llegaba a su fin, ya era completamente de noche, el cielo se cuajó de estrellas y una luna completamente redonda hizo su aparición.

Detrás de ella apareció de repente el padre de Felicidad, se sorprendió al encontrar a su suegra e hija acompañadas, no era habitual a estas horas de la noche tener visita, miró de nuevo a Teresa y tuvo la certeza de que no sabía quién era esa muchacha y qué pintaba en su casa, no quiso ser desagradable con preguntas, así que, saludó y explicó que ya habían cerrado el bar. Se reservó, a causa de la presencia de la muchacha, el contarles, como cada día

al terminar la jornada, la caja que se había hecho, le gustaba compartirlo con las dos mujeres de su vida, pero por precaución ante la desconocida, prefirió dejarlo para más tarde, cuando se hubiera marchado y ya de paso le explicarían, quién era ella.

Se despidió, comentó que se bañaría y se dirigiría directamente a su habitación, mañana sería otro día de comidas importantes, tenía que descansar.

Sabía de otros locales que en estos dos días no cerraban en toda la noche, él no era avaricioso, ganaba lo suficiente para mantener a su pequeña familia con cierto desahogo, no necesita más, no le valía la pena pasar más horas de pie y soportar a cuatro borrachos que al final, con mucha probabilidad, terminaban en trifulca. Él, miraba su reloj de pulsera, y cuando veía que era hora de ir recogiendo, invitaba a los pocos que quedaban a la última copa, ellos, lo respetaban, conocían su costumbre desde el principio y jamás tuvo ningún problema.

Teresa comprendió que era la hora de marcharse en busca de su destino. Con la mirada, buscó la de Felicidad, esta a modo de respuesta, le guiño un ojo, dándole a entender que no se preocupara, ella sabía perfectamente como tenía que actuar para reunirla con su amante.

